



Lorca, a **cachiporrazos** contra el buenismo

Nao d'Amores rescata una tradición que intentó levantar el poeta en 1920

Julián Herrero. MADRID

Advertencia para los seguidores de Nao d'Amores, que no son pocos: esto no es una función al uso de la compañía que lidera Ana Zamora. Lo cual no significa que deba tener repercusiones negativas en términos de calidad. Los segovianos salen de su zona de confort (ese teatro primitivo español) para explorar nuevas, aunque no desconocidas, áreas: los títeres. «Nao navega hacia el presente porque hemos encontrado otro espacio de valor histórico, y que no se esperase no significa que no sea importante», justifica Zamora de una pieza nacida durante la explosión de la Covid, «otra hija de la pandemia». Concretamente, de cuando el encierro le pilló en la Academia de Roma.

Y, aunque la compañía defiende que «el títere siempre ha sido parte de nuestra esencia», la directora



Eduardo Mayo, en un momento de «Retablillo de don Cristóbal»

reconoce sin embargo que «por mucha apariencia facilona que tenga el montaje, es todo lo contrario. Los ensayos han sido más lentos y complicados». Si Nao d'Amores se caracteriza por la esquematización de las obras y la «limpieza absoluta», añade, de los textos, «en este caso, no daba más de sí porque la reflexión sobre el títere de cachiporra es el medio de expresión menos poético que existe. Y es que la poesía ayuda mucho en la creación», explica del protagonista de «Retablillo de don

Cristóbal», una marioneta que cambia el mundo a estacazos. «No hay trampa ni cartón».

Eso sí, Zamora hace otra observación: «Títere no es sinónimo de teatro infantil, que sea para todos los públicos no quiere decir que sea para niños, que también la pueden ver perfectamente, pero conviene saber a qué se va», comenta sobre una dinámica interiorizada en la tradición segoviana, aunque no permea igual «en el resto de lugares», como Madrid, sin ir más lejos, y la direc-

tora señala directamente al culpable: «El problema no es nuestro ni del espectáculo, sino que vivimos en una sociedad bastante mojigata y lo políticamente correcto ha hecho que las cosas básicas del teatro popular sean vistas como violencia, escatología, chistes verdes...». Sin embargo, Federico García Lorca, autor del texto, tenía el don de inyectarle lírica a buena parte de todo lo que tocaba y eso «puede crear confusión para el público bienpensante».

Primo hermano de Pulcinella

Polémicas al margen, la pieza responde a la necesidad de reflexionar sobre el títere de cachiporra (primo hermano de otros «familiares» europeos como Pulcinella, Guñol, Punch o Káasperle) y «valorar su sentido dramático, que condensa la mirada crítica, satírica y popular, que tanto necesita nuestra escena contemporánea». Y ahí Lorca tuvo la «culpa» de rescatar esta tradición moribunda en los años 20 del siglo XX al empeñarse en integrar estas marionetas en el gran teatro de su tiempo.

DÓNDE: Teatro de la Abadía, Madrid.

CUÁNDO: hasta el 24 de abril.

CUÁNTO: de 7 a 17 euros.